

Recensiones

375

valor *apostólico* —Juan, aunque no perteneciera al círculo de los 12, sí pertenece al círculo más amplio de los apóstoles de la primera hora— ni menos de su valor *histórico*: el discípulo al que Jesús amaba fue testigo privilegiado de la actividad de Jesús en Jerusalén, y se halla íntima y cordialmente relacionado con los 12, especialmente con Pedro, Felipe y Andrés, de quienes ha podido recibir la información precisa referente a las pocas escenas galileas que ha recogido en su catequesis.

Por todo ello ningún estudioso del cuarto evangelio puede desconocer esta preciosa síntesis que aporta luz espléndida sobre el enigma del discípulo a quien Jesús amaba.—LUIS RUBIO.

A. VANHOYE, *Situation du Christ. Hebreux 1-2*. Cerf, Paris 1969. (Lectio Divina, 58). 404 p., 21 cm.

Hace ya años que esperábamos la aparición de esta obra los que pudimos asistir al curso de exégesis de la Carta a los Hebreos que dictó el P. Vanhoye en el Instituto Bíblico durante el año 1963-64. Esta obra recoge, matizándolas, ampliándolas, las explicaciones de aquel curso sobre los dos primeros capítulos.

El título responde bien a la idea fundamental que el autor del sermón —que sermón es y no carta, como ha podido demostrar el mismo P. Vanhoye en su anterior obra: *La estructura literaria de la carta a los hebreos*, y que sintetiza al comienzo de ésta, analizando el género literario del prólogo (p. 9-50)—. En los dos primeros capítulos, en efecto, se expone la *situación de Cristo: sus relaciones con*

el Padre, definidas como relaciones de filiación propiamente dicha, de poder divino que se extiende a toda la creación en el espacio y en el tiempo, de entronización victoriosa en Dios en igualdad con él. Y sus *relaciones con los hombres*, como consumidor perfecto y único de la vocación fundamental e inicial del hombre al dominio del cosmos, en solidaridad redentora y fraternal, hasta la misma muerte, con el linaje de Abrahán, para cuya liberación salvadora ha sido Cristo constituido Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en orden a las relaciones con Dios. Como transición entre ambas exposiciones el autor del sermón habla de la situación privilegiada del creyente poseedor de una salvación tan grande, y de los deberes de fidelidad a la misma.

El método del autor en la exégesis es metódico. Nada da por supuesto, no deja nada a la imaginación. Todas las afirmaciones son fruto de un análisis minucioso de los datos del escrito que interpreta. El P. Vanhoye tiene una rara capacidad de trasladarse mentalmente a los tiempos del autor del escrito, de situarse en su misma perspectiva, de encarnar su propia mentalidad. Así descubre con asombrosa exactitud y acierto la fundamentación del pensamiento del predicador, sea quien fuere, y más allá de su formación helenística, en las esperanzas y el vocabulario del pueblo de Israel tal como se refleja en el Antiguo Testamento, y, por otra parte, en el acontecimiento real de la historia, la muerte y resurrección de Cristo, que ilumina aquellas esperanzas, transforma el sentido de aquellas palabras, indicando el modo del cumplimiento y de la superación de las mismas. Todo esto supone un esfuerzo mental, una erudición que hacen del comentario del P. Vanhoye a la Carta a los hebreos, que se inicia con este

volumen y que esperamos con ansia que continúe en volúmenes sucesivos, una obra maestra de la exégesis bíblica de todos los tiempos.

No obstante el autor no acumula referencias que podrían retraer al lector de la captación del pensamiento del predicador interpretado. La obra se lee con gusto. Y se halla acomodada a los lectores con capacidad media para leer libros de pensamiento.

Con la exposición que realiza el P. Vanhoye la «Carta» a los Hebreos se nos revela como portadora de un contenido y de un mensaje rico y que responde a las preocupaciones más actualmente modernas: cuál sea la situación del hombre en el mundo, cuál su vocación, cuáles sus relaciones con el cosmos, con el resto de la humanidad, con Dios. Una situación que no es de laboratorio, sino que ha tenido su realización personal en Cristo, que se define primero y primordialmente por sus relaciones con el padre (dimensión teológica), pero incluyendo a la vez con necesidad de designio divino su solidaridad con el hombre, una comunión íntima y personal en la situación existencial del hombre, definida por la angustia, la tentación, la opresión y el miedo a la muerte (dimensión antropológica).

Obras de este calibre, de calibre pesado, necesitamos hoy en la Iglesia donde tanta publicación pulula de teologías de conferencia, aptas, como dirían los autores bíblicos, para espíritus débiles, incapaces de tolerar alimentos sólidos, para hombres que van buscando maestros a la medida de sus deseos, no a las dimensiones de la verdad y del misterio cristiano en perfección.

Agradecemos al P. Vanhoye la decisión de publicar esta obra que ya le pedíamos en nuestros años de estudio con él. Y exhortamos viva-

mente a los lectores para que se adentren en este estudio de la situación de Cristo que les ayudará a comprender su propia situación en el mundo.—LUIS RUBIO.

J. LECLERQ, *Le défi de la vie contemplative*. Duculot - Lethielleux, Paris 1969, 374 p., 18,5 cms.

Este libro recoge diversos artículos con los que el célebre benedictino francés ha ido iluminando el avanzar reformador de la vida religiosa, especialmente de la monástica, en que se encuentra empeñada de una manera muy acuciante después del Vaticano II.

¿Cómo se ha de efectuar esta renovación? ¿Tienen sentido hoy día la existencia de hombres y mujeres contemplativos? ¿No constituyen algo que ha de morir con toda una época? Estas cuestiones son las que aborda con valentía y franqueza el monje autor de estas páginas.

En una primera parte se propone marcar las directrices de una verdadera renovación. La vida contemplativa es un carisma con que está adornada la Iglesia y suscitado por el Espíritu Santo. Tiene razón de ser en cuanto edifica a la comunidad. Pero nos encontramos con muchas cosas que se nos han transmitido con esta realidad y que son producto de unas circunstancias históricas muy particulares. La verdadera renovación, pues, tendrá que tener en cuenta y salvar los valores tradicionales y que sean fundamentales a la par que tendrá que actualizarlos viviéndolos con el estilo de hoy. Con esta perspectiva reflexiona sobre diversos problemas planteados al monaquismo de hoy.